

¡Barranca! ¡Barranca!

Nicolás Rincón Gille

Era el único pasajero esperando en el *Jhonson*. Los demás estaban en el muelle, con las piernas estiradas, luchando por no acostarse sobre los largos bancos de madera. Sólo la policía militar soportaba el calor de pie. En sus rostros adolescentes no se percibía ningún esfuerzo; parecían tomarse en serio el papel de héroes duros, yendo y viniendo en una marcha lenta que obligaba a los demás a replegar las piernas. Sus frases cortas se perdían en el estruendo de la corriente, ritmado por el reventar de los troncos contra los pilotes del muelle. El Magdalena bajaba furioso, maltratando los restos de una vegetación que avanzaba en giros vertiginosos. Ese caótico movimiento me intranquilizaba aún más. Miré entonces al conductor. Fumaba tranquilo. No parecía decidido a emprender el viaje.

Había doblado tanto el pasaje que ya no podía leer mi nombre. Ese pedacito de papel, descolorido por el sudor de mis manos, hacía evidente mi angustia. Temía un control suplementario que me impidiera abandonar pronto el pueblo. A pesar del fino baile de sus palmeras al viento, a pesar de esa luz limpia que lo atravesaba todo, borrando distancias y lejanías, a pesar del divertido ruido de pájaros que hacían los niños al salir del colegio y, sobretodo, a pesar de la calidez de sus habitantes, fuertes como montañas, estaba en el centro mismo del horror.

Guardé minuciosamente lo que me quedaba del tiquete para evitar que la prueba de pago terminara desintegrándose. De todas formas sabían que yo lo había comprado: esa misma mañana en el puerto, sobre una oficina improvisada, una mujer había anotado mi nombre en el registro diario de visitas. Figuraba al lado de Isabel, quien se hacía responsable de mi visita, y de las siglas de la Organización Femenina Popular. Después supe que la lista era controlada. “Si alguien les parece sospechoso, la policía avisa a los paramilitares para que se encarguen” me había dicho un antiguo pescador. Guardaba su testimonio con todos los demás en un chip de memoria que escondía entre mis medias. “Tenga cuidado con eso. Si se enteran de lo que le conté, me matan ahí mismito” me había dicho antes de despedirse.

Un hombre se levantó. Sus pies desnudos estaban surcados por cicatrices profundas que corrían en todos los sentidos. El conductor le había ordenado que anunciara la partida inminente a Barrancabermeja. Me incliné discretamente hacia el exterior para verlo mejor. Tenía una toallita sobre el hombro que lo hacía parecer a Cantinflas. La utilizaba como abanico,

agitándola suavemente al compás de su grito. Anunciaba la partida como pocos, improvisando frases en rimas complejas y divertidas. Su acento chocoano me hizo imaginarlo en medio de una selva húmeda y oscura, corriendo desesperadamente. Sus pies sangraban, pero no podía parar. Atrás dejaba el poblado en el que hubiese querido llegar a viejo si las órdenes de desalojo no se hubiesen hecho tan amenazantes. En poco tiempo, las largas filas de palma africana vendrían a engullir todos sus recuerdos. En la fuga había perdido a su familia. Ahora solo le quedaban el consuelo de mantenerse en vida, un sentido del humor prodigioso y su magnífica voz de negro, explosiva y alegre. Con ella calmaba todo recuerdo.

Divertidos, los demás pasajeros hicieron la fila para entrar al *Johnson*. Iban cogiendo los chalecos salvavidas, atrancados entre las barras metálicas del techo y la lona. Me levanté entusiasmado a coger el mío. Pero cuando acababa de ajustarlo, la policía militar ordenó al conductor que apagara el motor: un recluta acababa de recibir su permiso y estaba cambiándose para venir con nosotros.

El *Johnson* se mecía con impaciencia, tal vez sus pasajeros, tal vez el río. Metí mi mano en el agua para refrescarme. Terminamos por quitarnos los chalecos salvavidas sin abandonar nuestros puestos. Solitario, el hombre descalzo se fue a sentar. Los recuerdos inundaron su rostro y se fue ahogando en el silencio.

Era la misma expresión que había visto varias veces. En medio de conversaciones difíciles que contaban la desaparición o el asesinato de seres queridos; el desfile de cuerpos desmembrados que bajaban por el río; la felicidad de los adolescentes enrolados a cambio de una moto; la incomprensión de las niñas embarazadas sin que supiesen cómo; el tráfico de drogas y de armas; guerrilleros que huían para volver convertidos en los peores paramilitares; el dolor iba surgiendo para enredar la palabra e imponer una larga pausa. Era entonces cuando la persona se perdía en una tristeza insondable, como ese hombre descalzo al que no podía dejar de mirar.

Yo reaccionaba como podía. Me sentía estúpido. Trataba de tranquilizar como si fuesen recuerdos lejanos, hablaba de una inminente y pronta justicia. Hasta que una mirada franca me hizo entender que nadie ni nada estaba al abrigo de esa barbarie. El pasado no se había acabado y contaminaba hasta el futuro más lejano. Existía sólo un tiempo en el que todo se repetía; nada terminaba, nada comenzaba. Poco a poco la desesperanza se fue apoderando de mí. Al final del día ya no sabía bien qué decir ni cómo actuar...

Para ignorar al hombre descalzo me puse a pensar en Isabel. Me había acompañado todo el tiempo. La recordé hablándome bajito mientras pasábamos por la esquina que hacían un bar y una sala de billares. Al frente, varios grupos de hombres estaban sentados. “Aquí comenzaron: la primera noche mataron dieciséis; hombres, mujeres y niños... Algunos trataron de esconderse bajo las mesas de billar, pero de ahí los sacaron. Una mujer que vio morir a su marido gritó *mátenme, mátenme...* Y la mataron.”

Yo sentía la mirada inquisidora de un grupito. Algunos balanceaban las botellas de cerveza entre los dedos de sus manos, como mostrando que no estaban allí para tomar. Un odio profundo brillaba en sus ojos. Parecían lejos de todo, intocables en el fondo del horror.

Cogimos una callecita llena de tiendas. Los altoparlantes arrojaban varias canciones del mismo grupo. *Coca, dinero, trago y malas mujeres*, martillaban *Las Águilas del norte* en todas sus versiones. Unas niñas en uniforme de colegio rodeaban una joven mamá en su puesto de chance, su hijo recién nacido dormía encima de una butaca. Más allá, tres niños vendían naranjas, arrancadas biches por el hermano mayor; desde el suelo un señor los vigilaba con tanta insistencia que supuse que era el padre, contándoles las pocas monedas que recogían. Sobre mi espalda aún sentía la mirada del grupo sentado frente al bar, picándome. Isabel caminaba en silencio.

Todo me gritaba: ¡Lárgate ya!

Con un nudo en el estomago le pregunté a Isabel si podía irme. Ella me dijo que sí, después de haber comido en su restaurante. No podía rechazar su invitación. Me había acompañado todo el día para presentarme las únicas personas del pueblo que se atrevían a contar lo que había pasado. Escucharlos me había hecho sentir minúsculo. ¿De dónde les venía tanta fuerza? Resistían con la palabra para reinventar el mundo y no desfallecer. A su lado, mi deseo de huir era pura mezquindad.

Isabel quería ver a sus dos hijos que estaban por el camino. Entró al único supermercado del pueblo para ver al mayor, que ejercía como cajero. Quería saber a qué hora pensaba venir a comer. Sin parar de trabajar le respondió que no tenía hambre. Isabel se despidió entonces con un beso. Me contó que era el mejor estudiante del departamento de Bolívar. Había recibido una beca del Estado para continuar sus estudios en la universidad pública. Hasta habían publicado las fotos de la ceremonia protocolaria en Cartagena en todos los periódicos de la región, hace siete años. Pero la beca se había esfumado en alguna parte y quedaron esperándola. Su hijo comenzaba a

hacerse a la idea de no estudiar nunca más. Su inteligencia, aburrida de limitarse a las cuentas de un supermercado, lo hacía cínico y desencantado. Dispuesto a lo que fuera, también.

Después fuimos a la escuela del pueblo. En su interior estaba encerrada una veintena de adolescentes que no había prestado el servicio militar. Unas cobijas grises colgaban a la entrada haciendo de puerta. Al lado, los soldados obligaban a los parientes a hablar desde afuera. Traían comida y ropa para el viaje. El ejército iba a llevárselos pronto, nadie sabía bien cuándo. Durante un corto instante vi asomar al hijo de Isabel. Estaba contento. Era el centro de atención del pueblo. Prestar el servicio no parecía preocuparle. A su edad no veía otra cosa qué hacer. Isabel trató de abrazarlo, pero él le tendió la mejilla para evitar la demostración pública de su afecto. Se sentía hombre.

Llegamos finalmente al restaurante popular, un gran patio al aire libre con hileras de banderitas coloridas atravesándolo en todos los sentidos. Las mesas estaban cubiertas por grandes sombrillas blancas que tamizaban la luz. Un lugar muy agradable sin miradas desbastadoras. Era una iniciativa de la OFP: se ofrecía comida a precios módicos para generar recursos a las mujeres cabeza de familia.

Isabel me hizo sentar con una pareja de niños recién salidos de la escuela. Su hija vino a servirme: bella, graciosa y “tan inteligente como su hermano mayor”. La descripción de Isabel la intimidó y apenas pudo, se fue diciendo que ya volvía. Me quedé en compañía de los niños que comían en silencio. Traté de hacerles algunas bromas. Me sentía bien. Poco a poco me fui olvidando del exterior. Pude olvidar mi deseo de salir corriendo. Cuando acabé de comer, fui a la cocina para hablar con Isabel.

Hacía más de un año que manejaba el restaurante. Al vaivén de las comidas, Isabel reconstruía las historias que los demás le dejaban por pedazos, sin acabar, para tejer la gran historia de su comunidad. Los niños con los que había comido, por ejemplo, venían al restaurante y se quedaban toda la tarde para esperar a su madre, que volvía del pueblo vecino al cerrar del día; no les gustaba quedarse en casa porque pensaban todo el tiempo en el retorno del padre, desaparecido hacía ya cinco años. Por miedo, su mujer no se había atrevido a buscarlo. Quizás una amante, quizás la muerte, la familia había quedado en el limbo: al padre, no sabían si odiarlo o llorarlo. Viéndolos ahora, acostados bocabajo, con los cuadernos en desorden, refrescándose el vientre contra el cemento frío, no podía imaginármelos en otro lugar. Isabel me contaba cada historia en una conversación calmada.

Pero cuando su hija volvió, se quedó mirándola y se hundió en sus pensamientos. Algo la preocupaba. Ella, que escuchaba a todo el mundo, no podía contar sus penas con facilidad. Como madre estaba colmada, sus hijos eran todo. Pero temía que su hija se perdiera un embarazo temprano, como todas las demás. El futuro de los jóvenes le parecía lúgubre. Lo único que se podía hacer era mandarlos lejos, donde un familiar o un amigo. Pero Isabel no tenía los medios... Me miró, esperando que dijese algo. Me quedé en silencio, pensando en cómo ayudarles. No me salió una sola palabra.

Decepcionada, volvió a contemplar a su hija que lavaba los platos con dedicación. Sin mirarme, me preguntó a quemarropa ¿por qué venía desde tan lejos para hacer lo que estaba haciendo? ¿Por qué, si tenía la posibilidad de vivir lejos de tanta locura, volvía al país y justo a su pueblo? No sabía cómo explicarme. Era cierto que no estaba allí por placer, que me había traído el trabajo y que no me imaginaba allí con mi mujer y mi hija. Fue entonces cuando Isabel, con algo de rabia, terminó de decir lo que pensaba: “Yo quisiera tanto poder largarme de aquí; en cambio usted puede venir e irse cuantas veces quiera”. Su frase quebró la intimidad, antes de abrir las puertas al horror del exterior. Entendí entonces que mi deseo de salir corriendo era el deseo de todo el pueblo. Por todas partes se sentía.

Las niñas, los adolescentes, sus padres, todos tenían en la cabeza lo que las canciones repetían sin formalidades: para existir hay que estar dispuesto a todo. Ese instinto de sobrevivencia estaba resumido brillantemente en el doble mandamiento colombiano “no dar papaya y aprovechar todo papayaso”. Pero a fuerza de quitar sin poner nada iba quedando. Tantos años de narcotráfico bajo un poder político vergonzoso, parecían haber acabado con todo. Ahora nadie vivía tranquilo, víctima o victimario. Hasta la cultura popular se había vuelto una caricatura irreconocible, sin apego...

Con el restaurante casi vacío, mis ganas de salir corriendo se hicieron insoportables. Rápidamente, Isabel me indicó cómo retomar el camino hacia el puerto. No me atreví a pedirle que me acompañara, aunque la idea de atravesar la plaza me angustiaba. Sin salir completamente del restaurante inspeccioné la calle, buscando una moto-taxi. Isabel la vio antes. Conocía al conductor y le indicó el camino. Subí atrás. Nos despedimos. Isabel volvió al restaurante. Me puse el casco y arrancamos. Sin sentir la mirada de Isabel, sentí frío. Tal vez nunca la volvería a ver. Me quedaría sin decirle las frases de entusiasmo que necesitaba.

Sumergido en el casco, los ruidos y las voces se hacían lejanos, como traspasando un silencio forzado. Pensé entonces en el silencio de la mujer centenaria que había visto por la mañana. Callaba porque alguien estaba

afuera, al lado de su ventana. Tenía miedo de que escucharan la historia legendaria de su pueblo, cuando el río estaba vivo, los espíritus eran pícaros y los hombres eran sencillos y humildes. La amenaza que implicaba esa presencia le dio un giro a la conversación. Apenas se fue, su conversación se hizo trágica: la vida en su pueblo era imposible, la magia impensable, los espíritus risibles. Pero ella estaba ya muy vieja para irse.

Con ese recuerdo llegué al muelle. Presenté mi pasaje y me subí al *Johnson*.

Había venido para hacer un documental sobre el río Magdalena, partía de la magia de su nacimiento, me dejaba llevar por la corriente para sorprenderme con su historia, la de sus habitantes. Quería contar también, en algún punto, como todo parecía perderse en el torbellino de la violencia. Pero el terror que acababa de sentir me congelaba. ¿Cómo transmitirlo sin caer en el desespero? ¿Cómo contar esta historia sin que el público quiera a su vez escapar de ella?

Finalmente, el policía que faltaba llegó vestido de civil y se puso rápido el salvavidas.

Mientras nos alejábamos, el hombre de los pies descalzos se puso a cantar.

Era una melodía alegre.